



# ▶ Nota doctrinal sobre algunas cuestiones eclesiológicas

▶ Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

1. Ocasión y finalidad de esta Nota

#### I. ORIGEN DE LA IGLESIA HISTÓRICA. LA IGLESIA ESTABLECIDA POR JESUCRISTO SOBRE EL FUNDAMENTO DE LOS APÓSTOLES

2. Jesucristo, Señor y origen permanente de la Iglesia
3. La Iglesia, en su origen histórico, está vinculada al testimonio y misión de los Apóstoles
4. El seguimiento de Jesús se realiza en la Iglesia apostólica
5. La «Iglesia discipular», ¿alternativa a la Iglesia apostólica?
6. La iniciativa gratuita de Dios y la «Iglesia discipular»

#### II. LA IGLESIA, MISTERIO DE COMUNIÓN

7. La Iglesia, don de Dios. Raíces trinitarias de la Iglesia
8. La Iglesia es una comunión, fruto del amor de Dios
9. La comunión eclesial: unidad en la diversidad
10. La Iglesia, sacramento de comunión, es el nuevo Pueblo de Dios
11. La Iglesia, testigo y servidora de la Verdad revelada
12. La Eucaristía, fuente y culmen de la comunión eclesial

#### III. EL MINISTERIO ECLESIAL

13. Comunidad y jerarquía en el nuevo Pueblo de Dios
14. El ministerio apostólico y eclesial existe por voluntad del Señor
15. El ministerio es un servicio a la comunión eclesial
16. Ejercicio del ministerio eclesial en la historia

### CONCLUSIÓN

17. Llamamiento a la comunión

## INTRODUCCIÓN

### 1. Ocasión y finalidad de esta Nota

Entre los frutos del Concilio Vaticano II ocupan, sin duda alguna, un lugar principal sus enseñanzas sobre la naturaleza y misión de la Iglesia. Su influencia, entre nosotros, ha sido muy grande y beneficiosa en su conjunto. Debemos continuar profundizando en ellas.

Sin embargo, no todas esas enseñanzas han encontrado entre nosotros la misma aceptación y vigencia. No han faltado, en efecto, formas defectuosas de recepción junto a deficiencias

preocupantes en el reconocimiento y práctica de la eclesialidad de nuestra fe: a ellas nos referimos los Obispos españoles en «Testigos del Dios vivo» (CEE, *Testigos del Dios vivo* [TDV] 39).

Al elaborar esta Nota, tenemos en cuenta algunas de estas deficiencias o parcialidades doctrinales, que no sólo se encuentran en escritos o fundamentan realizaciones concretas, sino que llegan a constituir incluso una mentalidad difusa esparcida en ambientes muy dispares. Hay que reconocer honestamente que, en el origen de algunas tendencias, hay un afán por renovar la Iglesia, pero no podemos dejar de ver que sus intentos les conducen frecuentemente a visiones ajenas al ser mismo de la Iglesia que parece, a veces, contemplada como resultado de meras iniciativas humanas y configurada simplemente conforme a leyes sociológicas.

Nos preocupa especialmente la desafección eclesial considerada, con razón, como uno de los fenómenos más graves del período postconciliar. Difícilmente desde esta desafección, la Iglesia puede evangelizar un mundo dominado por la increencia.

Esta desafección se manifiesta, en algunos, en una actitud de crítica y acusación permanente a la Iglesia histórica. No ocultaremos las infidelidades y pecados de los que formamos esta Iglesia, que, «acogiendo en su seno a pecadores, santa y al mismo tiempo necesitada de purificación constante, busca siempre la penitencia y la renovación» (LG 8). Pero sabemos que una crítica sistemática de la Iglesia y de su historia no tiene en cuenta el don de Dios que ha entrado en nuestra historia, ni la dinámica instaurada por la gracia misericordiosa de Cristo.

Por la responsabilidad propia de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, nos proponemos en consecuencia exponer algunos aspectos referentes al misterio y constitución de la Iglesia, cuya clarificación resulta necesaria ante las deficiencias señaladas.

En esta Nota trataremos en primer lugar del origen de la Iglesia histórica, que tiene sus raíces en el misterio de Dios vivo; después nos ocuparemos de la Iglesia, misterio de comunión y fruto del don del amor de Dios, fundada en la Verdad revelada y en la Eucaristía; y, finalmente, nos referiremos a algunos aspectos del ministerio eclesial y a su ejercicio.

## I. ORIGEN DE LA IGLESIA HISTÓRICA. LA IGLESIA ESTABLECIDA POR JESUCRISTO SOBRE EL FUNDAMENTO DE LOS APÓSTOLES

### 2. Jesucristo, Señor y origen permanente de la Iglesia

Quienes nos incorporamos hoy a la Iglesia, nos incorporamos a una realidad ya constituida, que existe desde hace veinte siglos y que, por tanto, nos precede, como también nos ha precedido, en el orden de la salvación, el amor de Dios, la entrega de su Hijo Jesucristo y la comunicación del Espíritu Santo. Por eso, la Iglesia no es simplemente una asociación originada por los que hemos decidido creer en Jesucristo y seguirle, sino que es el Pueblo de Dios, que precediéndonos, nos congrega hoy a los creyentes. «Nuestra fe, por muy personal que sea, para ser verdaderamente teológica y salvadora, ha de ser participación viva de la fe de la Iglesia» (TDV 32).

Consiguientemente no podemos ni siquiera imaginar que, después de tantos siglos, la Iglesia haya ignorado hasta estos tiempos cuál es su naturaleza y mucho menos que tengamos hoy que inventarla de nuevo.

«Nosotros nacemos de la Iglesia: ella nos comunica la riqueza de vida y de gracia de que es depositaria». Pero también es cierto que «la Iglesia nace de la respuesta de fe que nosotros damos a Cristo»<sup>1</sup>. La Iglesia ha nacido, en último término, del don irrevocable que Dios ha hecho de su Hijo al mundo; del don que el mismo Cristo ha hecho de su vida en la cruz; y de la comunicación del Espíritu Santo que Él nos ha enviado. A pesar de las muchas debilidades y flaquezas que la han afectado en la historia, si se cree que la Iglesia es un don irrevocable de Dios, introducido de una vez para siempre en la historia humana, quien se adhiere a ella habrá de adherirse, con afecto filial, a la Iglesia histórica concreta.

Jesucristo la ha fundado:

- en su camino anterior a la Pascua a través de la predicación del Reino, directamente orientada a reunir el Pueblo de Dios. Por ello escogió a los Doce Apóstoles, como fundamento del nuevo Pueblo de Dios que surge de su palabra y de su acción;
- en su muerte y resurrección, que habrán de reunir a todos los hijos de Dios en el nuevo Pueblo;
- y en el envío del Espíritu Santo, que asistirá a los Apóstoles y a toda la Iglesia en su misión de extender el Evangelio del Reino por el mundo<sup>2</sup>.

Jesús no sólo está en el origen histórico de la Iglesia, sino, además, resucitado, es, por medio del Espíritu Santo, el principio permanente de la cohesión y vida de la Iglesia.

Por eso, no podemos estar conformes con las eclesiologías que remiten la fundación de la Iglesia sólo a la predicación y acción de Jesús durante su existencia mortal, ni con aquellas otras que opinan que la Iglesia surgió como un desarrollo puramente histórico y sociológico, al margen de la voluntad y acción de Jesús. Tampoco son aceptables unas eclesiologías puramente «pascuales», es decir, sólo fundadas en el acontecimiento pascual de la donación del Espíritu, en la decisión libre de la fe ante el anuncio del Evangelio...

### 3. La Iglesia, en su origen histórico, está vinculada al testimonio y misión de los Apóstoles

En la historia de esta Iglesia ha habido un tiempo único, privilegiado y normativo: el tiempo de Jesucristo y el de la Iglesia apostólica. Los Apóstoles y su ministerio pertenecen al acontecimiento salvador revelador de Jesucristo. Los Apóstoles son los fundamentos mismos de la Iglesia, puestos de una vez para siempre, por ser testigos del Resucitado y ser enviados por Él (cf. Hch 10,41).

El hecho de que los Apóstoles hayan sido testigos del Resucitado y enviados por Él ha marcado para siempre al cristianismo. La experiencia pascual y la misión subsiguiente hacen que lo apostólico en la Iglesia tenga su lugar único y constitutivo. Como consecuencia de todo esto, la Iglesia ha quedado vinculada no sólo a la palabra y obra de Jesús en su vida terrestre, sino a la revelación del Señor a un determinado círculo de testigos y a la misión de éstos bajo la asistencia y enseñanza del Espíritu Santo: ellos predicaron y transmitieron lo recibido del Señor.

Justamente por este testimonio y envío apostólicos, el cristianismo se ha constituido en Iglesia y no en un simple movimiento de seguidores de Jesús. En las experiencias pascuales radican, en último término, estos tres elementos básicos de la Iglesia: el ministerio apostólico, continuado por el ministerio eclesial, el canon de las Escrituras y el Símbolo o regla de fe. Si no hubiese sido por las experiencias pascuales y la misión, el cristianismo se hubiera reducido a grupos dispersos de entusiastas seguidores de Jesús que hubieran ido apareciendo y desapareciendo a lo largo de la historia. Nuestra actual adhesión a Cristo no se funda en la mera reproducción histórica del pasado, sino en la fe de los Apóstoles, conservada y transmitida en la fe de la Iglesia.

Los Apóstoles tienen una relación única e incomparable con Cristo y Cristo no está presente en la Iglesia al margen del testimonio y misión de los Apóstoles. Por esto confesamos en el Credo que la Iglesia de Cristo es apostólica y que se ha mantenido siempre fiel a esta condición suya: al tiempo de los Apóstoles y a su constitución apostólica. Cristo, el Señor, y el Espíritu Santo garantizan esta fidelidad de la Iglesia hasta los últimos tiempos. Al servicio del Señor y de su Espíritu, en orden a garantizar esta fidelidad, está el ministerio eclesial, que, como un don del Señor a su Iglesia, procede de los Apóstoles y se transmite a los Obispos y sus colaboradores, en la sucesión apostólica, mediante la imposición de las manos y la invocación del Espíritu Santo. Así pues, el ministerio apostólico y su continuación en el ministerio eclesial es, en la Iglesia, signo y garantía, criterio y órgano, de su fidelidad a los orígenes apostólicos y a la comunión con el Señor resucitado.

Cada comunidad cristiana particular se mantendrá fiel a su Señor en la medida en que se convierta constantemente al tiempo constituyente y a la Tradición que surgió de Jesucristo y de los

Apóstoles y permanezca en comunión viva con ellos y en la continuidad apostólica de la fe y de la misión, teniendo puesta la mirada en el Señor que viene.

#### 4. El seguimiento de Jesús se realiza en la Iglesia apostólica

En los últimos años se ha puesto muy en primer término el seguimiento de Cristo: el cristiano es el que cree en Jesús y quiere seguirle como discípulo. El NT no se limita a proclamar el kerygma de la muerte y resurrección de Jesús, sino que ha conservado también las narraciones evangélicas de la vida y del ministerio de Jesús por los caminos de Palestina. De este modo nos ofrece un modelo de vida. Por ello es de alabar la doctrina del seguimiento. Más aún: a lo largo de la historia de la Iglesia, la imitación de Cristo —el seguimiento de Jesús— ha sido fuente perenne de inspiración cristiana.

Pero sería interpretar falsamente el verdadero discipulado contraponer el grupo cristiano, formado por los que se proponen tan sólo seguir a Jesús de Nazaret, a la Iglesia apostólica, con su Tradición y autoridad.

En la Iglesia no se puede contraponer el discipulado a lo apostólico, como si la Iglesia consistiera tan sólo en pequeños grupos elitistas no integrados en la Tradición viva de la única y universal Iglesia apostólica.

Tampoco se puede oponer la acción del Espíritu en las comunidades al papel del ministerio apostólico y a la regla de fe que interpreta la Escritura con la garantía del citado ministerio. Las formas comunitarias autodenominadas proféticas no pueden soslayar la función del ministerio de los apóstoles y de sus sucesores.

Ni los carismas ni la sabiduría exegética o teológica se pueden separar de las experiencias singulares de fe, del testimonio y de la misión de la Iglesia apostólica. El hecho de estar enraizados en este testimonio y de permanecer en el surco de la misión apostólica es la garantía de que el seguimiento de Jesús se realiza bajo el impulso de la gracia salvadora de Dios Padre, que nos abrió a una esperanza viva en la resurrección de Jesús.

«Nuestra cultura está presidida por el signo de la emancipación». Hay que advertir, sin embargo, por lo que al seguimiento de Jesús se refiere, que no es evangélico tratar de «emancipar» la vida y la fe de los individuos y de las comunidades cristianas de la Tradición que es norma de toda la Iglesia; tampoco es evangélico prescindir del ministerio apostólico que la custodia e interpreta auténticamente.

«En conexión, muchas veces, con esta manera de comprender la comunidad cristiana, se entiende también el ministerio eclesial como si fuese una delegación del pueblo y un exponente que se limita a recoger la conciencia común del grupo» o a asegurar su funcionamiento organizativo (cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, Orientaciones pastorales *La catequesis de la comunidad* [CC] 196). La fe y la doctrina constante de la Iglesia afirman el lugar singular y constitutivo que el ministerio eclesial, por voluntad del Señor, tiene en la vida de la Iglesia.

#### 5. La «Iglesia discipular», ¿alternativa a la Iglesia apostólica?

El renovado auge de la cristología en los últimos años ha repercutido también en un mejor conocimiento de la Iglesia y de su misión. La conducta de Jesús y su concepción del nuevo Pueblo de Dios posee carácter normativo para la Iglesia de todos los tiempos. Sin embargo, algunas cristologías han entendido primaria y exclusivamente a Jesucristo desde el llamado «Jesús histórico»<sup>3</sup> y, en consecuencia, estas cristologías han podido conducir, junto con otros factores, a una inteligencia falseada de la Iglesia.

Consiguientemente, estas tendencias a que estamos aludiendo intentan renovar la Iglesia por un retorno al «Jesús de la historia», tal como lo describen estas cristologías o, al menos, como las entienden algunos de sus lectores no especializados.

Ven la historia de la Iglesia como un proceso de degradación y decadencia respecto a sus orígenes. Tratan, por ello, de renovar la Iglesia siguiendo la «causa» de Jesús, como fuente perenne de estímulos éticos y religiosos y, superando, por tanto, las hipotecas de la Iglesia histórica que provienen de haber pactado con los poderes sucesivos, incompatibles con el Evangelio. La Iglesia sería el grupo de discípulos que dan su adhesión personal a la «causa» de Jesús, destacando ante todo los valores de la pobreza y de la fraternidad.

Nada tenemos que objetar a la vuelta constante a las palabras, al pensamiento o a la conducta de Jesús como modelo, para llevar a cabo la tarea imprescindible de renovar incesantemente la Iglesia. Todo lo contrario. Pero no podemos estar conformes con la pretensión de renovar o reconstruir la Iglesia alejándose de la plena comunión espiritual y práctica con la Iglesia realmente existente: las Iglesias particulares insertas en la Iglesia universal.

Nosotros, al creer en la Iglesia santa, católica y apostólica, sabemos que, en la Iglesia histórica, por el don de Dios, hay poder suficiente para llevar a cabo la constante renovación de la Iglesia conforme al proyecto originario de Jesús.

Una Iglesia entendida exclusivamente como comunidad de discípulos, seguidores de la «causa» de Jesús, en oposición a la Iglesia histórica y, por tanto, alternativa de la presente, sería necesariamente reduccionista.

Las tendencias a las que nos venimos refiriendo no podrían evitar ese reduccionismo si cayeran en alguna de estas exageraciones: concebir la «Iglesia nueva» predominantemente como una pura dimensión crítica de la sociedad, cuya función sería la de denunciar su actual injusticia; entender que el único sentido de la verdad es el que puede obtenerse desde la praxis de aquellos grupos cristianos formados por «creyentes comprometidos con la historia»; imaginar de forma totalmente subjetiva un proyecto eclesial utópico que altere la configuración eclesial o rompa la comunión de la Iglesia.

Todas estas tendencias, si no quieren caer en el reduccionismo apuntado, han de mantenerse en comunión cordial con la totalidad de la Iglesia que lleva en su interior la presencia de Cristo, donador de su Espíritu, y nos permite rebasar las parcialidades de cada grupo particular, expuesto siempre a ideologizaciones, incluso de signos opuestos.

## 6. La iniciativa gratuita de Dios y la «Iglesia discipular»

Estas tendencias que conducen a una Iglesia «meramente discipular», en oposición a la Iglesia histórica, sucumben, en el fondo, a la pretensión de alcanzar a Cristo separado de la Iglesia. No tienen en cuenta estas tendencias la íntima relación entre Jesucristo, el Señor, y el Espíritu Santo, ni salvaguardan la sacramentalidad integral de la Iglesia, visibilización histórica del don irrevocable de Dios en Cristo.

La Iglesia es, sin duda, el grupo humano de discípulos que inspiran su conducta y su actuación en Jesús de Nazaret, recordando su palabra y reproduciendo de forma actualizada sus actitudes. Es, también, sacramento originario de la salvación de Jesucristo que la asiste siempre y vive en ella como su Señor crucificado y exaltado. Es, además, lugar del Espíritu donde se recibe el don de la gracia que nos hace ser en Cristo hijos de Dios, imagen y semejanza suya, y nos permite participar de la misma vida y amor de Dios, amar con este mismo amor y ser así realmente discípulos de Jesús.

En las «comunidades puramente discipulares», entendidas en oposición a la Iglesia histórica, aparece en primer plano, casi de modo excluyente, la preocupación por lo ético, por la praxis humana, por la acción del hombre. De esta manera se propende a debilitar la dimensión gratuita teológica y teocéntrica de la Iglesia y a colocar en segundo plano el don y la iniciativa gratuita de Dios, que, en la Iglesia, nos comunica sacramentalmente su gracia. Por paradójico que parezca, estas comunidades parecen volver a una religión de ley y de obras, ignorando la nueva economía de gracia del nuevo Pueblo de Dios y de la alianza nueva. Tales comunidades perderían sensibilidad para una experiencia de Dios como Dios y para su cultivo y disminuirían su sentido de la soberanía divina, de su iniciativa libre y de su gracia.

Sin el enraizamiento cristológico y pneumatológico, en el sentido aquí expuesto, se corre el riesgo, finalmente, de dejar de lado la positividad dogmática del cristianismo y la determinación autoritativa de la fe de la Iglesia, así como su unidad y catolicidad. Sin este enraizamiento se propende a vaciar de sentido la realidad sacramental de la Iglesia, olvidando que ésta no es un mero signo vacío, sino que comunica real y eficazmente la salvación de Dios en la historia. En consecuencia, es preciso recordar que todas las acciones sacramentales de la Iglesia no son signos vacíos que no tendrían otra eficacia que la que produjeran psicológicamente como lenguaje.

No hay posibilidad de encuentro con lo que Jesús fue y dijo sino mediante su palabra y sus sacramentos, transmitidos por el ministerio eclesial recibido de los Apóstoles. La fe en Cristo nos llega siempre a través de la Iglesia.

## II. LA IGLESIA, MISTERIO DE COMUNIÓN

### 7. La Iglesia, don de Dios. Raíces trinitarias de la Iglesia

La Iglesia es don de Dios a la humanidad entera y tiene en Él su origen. Es fruto de su elección, de su misericordia y de su amor, que llega a culminación en Jesucristo (cf. CONC. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium* [LG] 2; RF II, A 2).

Es el fruto en la historia del don de Jesucristo que Dios ha hecho de una vez para siempre y que no revocará jamás. La entrega que Dios Padre ha hecho de Sí a los hombres en Jesucristo, su Hijo, lleva consigo, como consecuencia inseparable, la realidad de la Iglesia.

La Iglesia tiene sus raíces en la Trinidad: en el amor de Dios nuestro Padre, en la gracia de nuestro Señor Jesucristo y en la comunión del Espíritu Santo (cf. 2 Cor 13,13). Del misterio mismo de Dios viene, en él se alimenta y hacia él se encamina.

### 8. La Iglesia es una comunión, fruto del amor de Dios

La Iglesia es, ante todo, la comunión de los bienes que como fruto del amor de Dios nos han sido dados por el Señor resucitado y que, por la presencia y fuerza del Espíritu Santo, unen entre sí y con Dios a todos los creyentes.

El fruto del amor de Dios es la Iglesia como comunión. La Iglesia es, en Cristo, como un sacramento o señal e instrumento de la unión con Dios y de todo el género humano (cf. LG 1,9). Quienes buscan la renovación de la Iglesia, a veces, se ocupan principalmente de los problemas de organización y distribución de poderes. Pero el centro de la Iglesia está en la comunión. La comunión no es la sola estructura exterior de la Iglesia, sino su esencia más íntima; no es un aspecto parcial, sino su dimensión constitutiva, aquello que la hace ser Iglesia.

### 9. La comunión eclesial: unidad en la diversidad

La Iglesia, comunión de fe, esperanza y amor, se manifiesta visiblemente en este mundo como una comunidad unida por los vínculos objetivos:

- de la comunión profesión de fe sellada por el Bautismo, «puerta y fundamento de la comunión eclesial» (RF II, C 1);
- de la enseñanza de los Apóstoles y de sus sucesores legítimos;
- de los signos sacramentales, particularmente de la celebración de la Eucaristía, que «significa y hace, es decir, edifica la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia» (RF II, C 1);



- del don del ministerio eclesial transmitido por la sucesión apostólica, «cuyo centro nos ha sido dado por Cristo en el servicio de Pedro» (RF II, C 2);
- de la variedad de carismas (cf. 1 Cor 12,4-7; Ef 4,7-13) con que el Espíritu Santo enriquece al Pueblo de Dios para realizar múltiples actividades que lo renuevan constantemente.

La unidad en la fe, en los sacramentos y en la multiplicidad de servicios y carismas produce frutos de fraternidad; de comunicación de bienes extendida a todos; de solidaridad sincera siempre tensa y difícil, que es la misma vocación de la humanidad; de reconciliación entre los hombres y de dinamismo evangelizador.

Al afirmar que los vínculos objetivos garantizan y favorecen la comunión de la Iglesia, estamos muy lejos de quienes se resisten a aceptar la Iglesia como comunión y comunidad de servicios, ministerios y funciones, todos necesarios y complementarios entre sí. También estamos muy lejos de quienes ven la Iglesia preferentemente como una institución uniforme que ofrece unos medios objetivos para la salvación individual.

La consideración de la Iglesia como comunión, tan «central y fundamental en los documentos del Concilio Vaticano II» (RF II, C 1), nos libera de una concepción puramente sociológica y utilitaria de la Iglesia; nos lleva a superar tanto una visión societaria, jurídica y jerarcológica, como una consideración de tipo democrático. En ambos casos se reduce la unidad eclesial a las cuestiones organizativas, a la concitación de poderes o de voluntades, con el riesgo de vaciar la comunión en un juridicismo de cualquier tipo o en un humanismo más. En los años postconciliares se ha extendido una corriente que habla de «modelos» de Iglesia diferentes entre sí. Esta corriente sólo puede ser legítima si se refiere a los modos diversos que, en su organización y funcionamiento históricos, pueden adoptar los elementos constitutivos de la Iglesia, que tienen su origen en la voluntad del Señor. Por otra parte, si se habla de «modelos» diferentes de Iglesia, debe tenerse en cuenta que ninguno es consumado en sí mismo, que todos se completan mutuamente, que no se puede elegir uno olvidando los otros, según las tendencias de cada cristiano o grupo. Y, si se habla de «modelos» en el Nuevo Testamento, se debe recordar que todos los escritos y todas sus perspectivas han formado el «canon» bíblico: en la totalidad, se ha reflejado la única autoconciencia eclesial<sup>4</sup>.

Privada una comunidad cristiana de la comunión vital arraigada en el don trinitario, se convierte en creación humana, sujeta a los criterios meramente humanos y expuesta a ideologizaciones de toda índole, que seleccionen y aislen aspectos parciales en detrimento de otros fundamentales.

## 10. La Iglesia, sacramento de comunión, es el nuevo Pueblo de Dios

La Iglesia, sacramento de la comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí, es también, sin duda, el nuevo Pueblo de Dios. Este Pueblo nace de la elección y convocación de Dios. No es, en efecto, una comunidad humana unida por un origen, historia y cultura comunes; no surge tampoco por impulso de un determinado grupo, raza o clase social ni como resultante de una fuerza de la historia.

El nuevo Pueblo de Dios, pueblo universal, reunido de todas las naciones, razas y grupos humanos, fue constituido en el tiempo por la Nueva Alianza que Cristo estableció en su sangre. Cristo es su cabeza o principio vital: lo llena de su Espíritu para hacer de él una comunión de vida, de amor y de verdad y lo envía al mundo como signo e instrumento de salvación y de unidad.

En este único Pueblo de Dios, todos los miembros gozan de una común dignidad y todos son responsables de contribuir al bien de la comunidad entera.

Por su condición de Pueblo, la Iglesia no es una realidad estática, sino dinámica. Vive en la historia y no ha alcanzado todavía la meta. Aunque no albergue en sí de momento a todos los hombres, todos ellos, sin embargo, son llamados a formar parte del Pueblo de Dios. A pesar de que tiene que testimoniar lo definitivo y permanente, el nuevo Pueblo de Dios, compuesto también por miembros pecadores, vive proclamando que él no es la meta definitiva, sino el germen y fermento del Reino de Dios que un día llegará a su plenitud. Mientras este Pueblo peregrina hacia la ciudad permanente, está siempre abierto a Jesucristo, autor de la salvación y principio de su unidad, que lo

adquirió muriendo fuera de las murallas de la ciudad de Jerusalén (cf. Hb 13,12-14) y se deja purificar y renovar por el Espíritu que sopla donde quiere (cf. Jn 3,8).

El Concilio Vaticano II, al reflexionar sobre el nuevo Pueblo de Dios (cf., sobre todo, LG 9-17), ha recuperado una rica tradición bíblica y patristica y ha renovado y ampliado profundamente las enseñanzas de la Iglesia sobre su propio misterio. Ninguna acción eclesial —predicación, catequesis, teología, actividad pastoral— podría hoy silenciar o minimizar las riquezas de este magisterio o adulterarlas con interpretaciones reduccionistas, sin ser infiel al último Concilio.

## 11. La Iglesia, testigo y servidora de la Verdad revelada

Esta comunión no es obra del acuerdo de las bases ni resultado de decisiones autocráticas; no se fundamenta y justifica en consensos democráticos ni en dictados autocráticos. Se basa sólo en la Verdad y en la acogida fiel de esa Verdad, que es la Palabra última y definitiva de Dios para la historia que nos llega a nosotros por el testimonio apostólico, fielmente custodiado y transmitido en la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo. Esta Verdad, en la que nos introduce el Espíritu Santo, y que es Jesucristo, ha tomado cuerpo en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia. Ninguno es dueño de ella. La Iglesia es únicamente testigo y servidora de esta Verdad, cuyo conocimiento sólo puede alcanzar mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el Pueblo de Dios en la estrecha unidad de pastores y fieles (cf. LG 12).

La comprensión y expresión, nunca terminadas, de la verdad del Evangelio son obra de toda la Iglesia y a su servicio y en su interior se encuentra el Magisterio, que expresa autorizadamente el sentido de la fe de toda la Iglesia. Su oficio es «interpretar auténticamente», es decir, interpretar autorizada y autoritativamente la verdad revelada, no situándose «por encima de la Palabra de Dios», sino escuchándola y acogiéndola dócilmente, no dominando la Iglesia, sino sirviéndola para mantener y promover la unidad y el crecimiento de la fe de todo el Pueblo de Dios (cf. CONC. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum* [DV] 10; LG 12,25).

Es necesario recordar en estos momentos que «la exégesis del sentido original de la Sagrada Escritura, que está recomendada fuertemente por el Concilio (cf. DV 12), no puede ser separada de la Tradición viva de la Iglesia (cf. DV 9), ni de la intervención auténtica del Magisterio de la Iglesia (cf. DV 10)» (RF II B, a 1). El Magisterio juzga las diversas interpretaciones de la Escritura, permaneciendo dócil a la Palabra de Dios, tal como ésta se expresa en la Escritura y en la Tradición.

Nadie ni ningún grupo, por sí y ante sí, puede absolutizar una lectura y vivencia particular de lo cristiano sin referirla y confrontarla con la lectura e interpretación que la Iglesia ha hecho y que considera normativa. Sabido es que, en la unidad de la fe de la Iglesia, han existido y existen una pluralidad de escuelas teológicas. También la distinta experiencia vivida, así como las costumbres y tradiciones diversas, dan pie a distintas y legítimas formas de inculturación del mensaje evangélico (cf. CONC. VAT. II, Decr. *Ad gentes* [AG] 22). En cambio, determinados consensos que advertimos en grupos de tendencias muy diversas son, a veces, fruto de la influencia de maestros que, guiados por prejuicios ideológicos, llevan a cabo exégesis parciales, seleccionan aspectos concretos de la Escritura y la interpretan desde criterios ajenos a la Tradición viva de la Iglesia y al Magisterio. Absolutizan así su comprensión del Evangelio, considerándola como lectura normativa desde la que releen todo el pasado o proponen todo el futuro. En ocasiones, se emplean para la lectura de la Sagrada Escritura criterios que se podrían aceptar en sí mismos, pero que, de hecho, falsean una lectura auténticamente eclesial por ser aplicados en un contexto de comunión eclesial debilitada. Hay quienes cultivan, además, formas históricas del pasado sin convertirse constantemente a la normatividad apostólica ni abrirse, a la vez, a las perspectivas siempre nuevas que lleva consigo la dimensión escatológica de la Iglesia.

## 12. La Eucaristía, fuente y culmen de la comunión eclesial

Algunos fundan la comunidad cristiana primariamente en la concurrencia y complementariedad de carismas y servicios en orden a proseguir la «causa» de Jesús. Pero para que esa concurrencia y



complementariedad de carismas y servicios pueda existir no es necesario que previamente haya comunidad cristiana. El origen, en efecto, de todo carisma y servicio dentro de la Iglesia es la donación que Jesucristo hace de sí mismo en su misterio pascual, actualizada mediante el Espíritu Santo en la Eucaristía presidida por el ministerio eclesial. Esta celebración de la Eucaristía es lo que hace posible y efectivo que un grupo cristiano se forme, se manifieste y actúe como comunidad eclesial. Desde ahí cobran sentido los servicios y carismas para el servicio mutuo y para la comunión misión.

La Eucaristía, signo de la unidad y vínculo del amor (cf. S. AGUSTÍN, *In Iohan. Ev.*, tr. 26, c. 6, n. 13, ML 35, 1613), es comunión y participación en el cuerpo eucarístico de Cristo, y así, a la vez, hace un cuerpo con los que participan en ella, es comunión en el cuerpo eclesial de Cristo (cf. 1 Cor 10,16-17). Por su medio «se significa y realiza la unidad de la Iglesia» (CONC. VAT. II, Decr. *Unitatis redintegratio* [UR] 2; cf. LG 3,11).

Pero, a su vez, sólo donde se celebra legítimamente la Eucaristía está presente la única y verdadera Iglesia de Jesucristo (cf. LG 26; CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium* [SC] 41-42). La celebración auténticamente eclesial de la Eucaristía supone estar en plena comunión con la Iglesia. Esta condición eclesial de la Eucaristía se explicita, en particular, en la comunión con el propio Obispo y con el Papa y en la celebración presidida por ellos mismos o con sus presbíteros (cf. LG 26-28) y siempre de acuerdo con las normas que la misma Iglesia prescribe (cf. SC 7. 26). Consecuencia y condición inseparable de esta celebración eclesial ha de ser la compartición del pan de cada día con los demás, la reconciliación, la superación de divisiones, la realización de la fraternidad verdadera, el esfuerzo por la implantación de la paz y de la justicia; lo contrario no es comunión con el cuerpo de Cristo ni comer la Cena del Señor (cf. 1 Cor 10,16; 11,20).

Conviene recordar aquí que las comunidades congregadas por la Eucaristía no pueden considerarse aisladas ni de la Iglesia universal ni de la Iglesia local diocesana, que constituyen las auténticas comunidades de referencia. La gran Iglesia de Cristo, que participa del don de la comunión, se concreta y hace visible en las distintas Iglesias locales. La comunión de vida y amor que brota de Jesucristo se da en un doble movimiento que, conducido por el Espíritu, va de la Iglesia universal, es decir, de la comunión de Iglesias locales extendidas por toda la tierra, a cada Iglesia local y a sus comunidades, y viceversa, de las comunidades de la Iglesia local a la gran Iglesia.

### III. EL MINISTERIO ECLESIAL

#### 13. Comunidad y jerarquía en el nuevo Pueblo de Dios

La Iglesia, por su misma condición, es una realidad enraizada en la historia, vive en ella. «Peregrina, lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen del mundo que pasa» (LG 48). En su andadura histórica no se ve exenta de las debilidades de los hombres ni de los influjos no evangélicos de las sociedades en que vive. La Iglesia santa alberga justos y pecadores: la gracia de Dios en Jesucristo presente y operante en la Iglesia es el don de su misericordia. De esta condición histórica de la Iglesia, algunos, inspirados en prejuicios ideológicos, llegan a afirmar que la Iglesia, contaminada por modelos determinados de organización social durante siglos, se ha corrompido en su estructura fundamental; conforme a tal opinión, habría surgido dentro de ella la distinción de clases entre sus miembros: la jerarquía se habría apoderado y apropiado indebidamente, en contra del pueblo, de los poderes sacramentales y de otras funciones en la Iglesia. Opinan que no sólo la autoridad se ha ejercido a veces abusivamente en la Iglesia, sino también que el mismo ministerio eclesiástico contraría la igualdad fundamental del Pueblo de Dios y lleva consigo, inevitablemente, un poder contrario al Evangelio.

De esta manera, quienes opinan así propugnan una organización de la Iglesia con una distribución igualitaria de funciones y servicios y con una participación democrática en todos los niveles y en todos los ámbitos de la vida y doctrina de la Iglesia.

A veces, la dificultad ante el ministerio eclesial proviene de la dificultad para aceptar una Iglesia en la que no se aplica el modelo democrático vigente hoy en las sociedades modernas. Esta dificultad

va desde el deseo legítimo del uso más frecuente de algunos métodos participativos compatibles con la naturaleza de la Iglesia, hasta la negación de la legitimidad de una verdadera autoridad eclesial que no haya sido elegida democráticamente.

#### 14. El ministerio apostólico y eclesial existe por voluntad del Señor

La aceptación de la autoridad apostólica de los Obispos es un aspecto de la identidad católica. Se podrá abogar por un estilo más evangélico del uso de la autoridad apostólica y por el reconocimiento de todas las responsabilidades de los demás miembros de la Iglesia. Pero sin esta aceptación no es posible una visión de la Iglesia fundada en la fe.

Para penetrar en el centro de la cuestión que nos ocupa es necesario situarlo en la misión de Jesucristo y en la relación entre Jesucristo y la Iglesia. Jesucristo no se entendió ni se entiende a sí mismo como puro y simple intérprete de deseos y esperanzas humanas, considerándose algo así como un mandatario del pueblo.

Cristo se presentó y se presenta con la autoridad y misión recibidas del Padre. En esta misión Él incluye a sus Apóstoles (cf. Jn 20,21), a quienes hizo participe de su propia autoridad, enviándolos a todas las gentes para que hiciesen discípulos de todos los pueblos y los santificasen y gobernasen (cf. Mt 28,16-20; Mc 16,15; Lc 24,45-48; Jn 20,21-23).

«Esta misión confiada por Cristo a los Apóstoles ha de durar hasta el fin de los siglos (cf. Mt 28,20) [...] Por lo cual, los Apóstoles, en esta sociedad jerárquicamente organizada, tuvieron cuidado de establecer sucesores [...] Así, por medio de aquellos que fueron establecidos por los Apóstoles y sucesores suyos hasta nosotros se pregona y se conserva la Tradición apostólica en el mundo entero» (LG 20).

#### 15. El ministerio es un servicio a la comunión eclesial

El ministerio apostólico y eclesial es un don y un servicio instituido por el Señor en el interior del Pueblo de Dios y no una estructura colocada fuera, y menos sobre el Pueblo de Dios. Existe en función de la comunión eclesial del Pueblo de Dios y se enraíza y sustenta en ella. Esta comunión se funda en la entrega irrevocable del Señor, que se actualiza en cada caso en la mesa del Señor servida por el ministerio apostólico. Por otra parte, el ministerio existe dentro de esta comunión como servidor y promotor de la Tradición viva en orden a garantizar la identidad del Pueblo de Dios. El servicio jerárquico, por tanto, no es primariamente ni un hecho sociológico, ni un poder jurídico que administra el marco estructural de la santificación, sino un servicio sacramental, plenamente realizado en el episcopado (cf. LG 23): su significado teológico y sus poderes jurídicos son consecuencia de su naturaleza sacramental. Y, como tal servicio recibido sacramentalmente, es don de Dios a la Iglesia para que exista como Iglesia.

El ministerio apostólico, ejercido en representación de Jesucristo, el Señor crucificado, no implica ninguna prerrogativa o privilegio que suponga colocarse por encima de la comunidad eclesial como su dominador y dueño. El Concilio ha insistido en la común y fundamental igualdad de todos los miembros del Pueblo de Dios (LG 9-13) y en la fraternidad de todos en la Iglesia. El ministro es «hermano entre los hermanos» en virtud del común bautismo (CONC. VAT. II, Decr. *Presbyterorum ordinis* [PO] 9); «con vosotros soy cristiano», afirma San Agustín.

El origen del ministerio apostólico está en el amor de Dios, hecho servicio y entrega hasta la muerte en Jesucristo, siervo de Dios y de los hombres (cf. Flp 2,7; Mt 20,28; Mc 10,4-5; Lc 22,27; Jn 13,4-16; Heb 10,7). Jesucristo es Señor sirviendo; y sirviendo hasta la muerte. En las Escrituras se llama muy significativamente «diaconía» a este ministerio (cf. LG 25). Como siervo, el ministro de la Iglesia ha de tener en el centro de su servicio de comunión la preocupación por los pobres. Su preferencia ministerial por los pobres y su presencia pobre entre los pobres será la mejor prueba de fidelidad al ministerio recibido como servidor del Crucificado.

Pero, al mismo tiempo, el Obispo ejerce una verdadera autoridad, recibida del Señor en el dinamismo de la sucesión apostólica, fundamental en la comprensión católica del ministerio; enseña la palabra normativa de Jesús y anuncia el escándalo del Evangelio de la Cruz con la libertad de los Apóstoles. Como defensor y promotor de la Tradición viva y de la comunión eclesial, su autoridad es garantía de libertad, ya que libera de la tiranía tanto de opiniones particulares al margen de la sustancia viva del Pueblo de Dios, como de autoritarismos. Su autoridad no anula los carismas, sino los discierne y promueve y los hace converger en el servicio a la única Iglesia y al único Evangelio para el bien de los hombres (cf. LG 30). En el Concilio Vaticano II está muy vivo el pensamiento sobre el ministerio apostólico como servicio al Espíritu que está en todos los fieles. Por esto ha de promover los carismas y funciones del Pueblo de Dios al servicio de la común misión de la Iglesia. En este campo reconocemos que todavía queda mucho por recorrer, y por eso, en cierta medida, algunas críticas tienen mucho de verdad y es necesario atenderlas.

## 16. Ejercicio del ministerio eclesial en la historia

El ministerio eclesial, por último, se realiza por personas, sujetas a la debilidad y al pecado. Además, su ejercicio está condicionado por factores históricos. Ha habido abusos a lo largo de la historia en el ejercicio de este ministerio; tampoco descartamos que los haya hoy. La necesidad de renovación constante es también para nosotros, los Obispos, una exigencia permanente. El llevar a cabo las enseñanzas conciliares, en lo que a nosotros nos atañe directamente, es una tarea todavía inacabada. Por ello, aceptamos sin reservas cuantas justas interpelaciones nos llegan desde distintos ámbitos y personas impulsadas por el sincero deseo de renovación de la Iglesia. Para nosotros constituye una llamada vigorosa al ejercicio evangélico del ministerio y de la autoridad en la Iglesia para que sea expresión fiel del servicio al Señor crucificado y al Espíritu de Dios. No se trata de un cambio de estatuto del ministerio apostólico en la Iglesia, sino de su verdadera realización.

## CONCLUSIÓN

## 17. Llamamiento a la comunión

No queremos finalizar esta Nota sin hacer un llamamiento a todos a trabajar en la línea marcada por el Concilio Vaticano II, asumiendo y realizando la eclesiología integral que el mismo nos ofrece.

Es un llamamiento apremiante a la comunión, que está en el centro de la Iglesia. Sabemos de la generosidad de algunas personas y grupos; pero también observamos en algunos de ellos, con preocupación, desviaciones que deben superar para estar en la plena comunión eclesial. Lamentamos que, por parte de algunos, su relación con la Iglesia, especialmente con la jerarquía, sea solamente la de una crítica disgregadora y amarga, que se hace desde unos supuestos valores evangélicos o dogmáticos ideologizados. Esta crítica se produce tanto en los anclados en el pasado como en los partidarios de modelos radicalmente nuevos de Iglesia. Es claro que la crítica por la crítica no conduce a la comunión. La crítica, en la Iglesia, sólo es auténtica y constructiva cuando se hace desde dentro de la comunión, con amor y con la responsabilidad para con todo el Pueblo de Dios. Particularmente en sacerdotes y religiosos, la crítica verdadera se hace desde el sufrimiento y paciencia necesarios para soportar las responsabilidades propias de la misión que la Iglesia les encomienda al servicio del Pueblo de Dios con todas sus inercias y debilidades; no escogiéndose arbitrariamente el grupo o colocándose al servicio de «causas muy distantes». A éstos les pedimos que ensanchen sus horizontes y revisen sus posturas.

Quizá como reacción a cierto triunfalismo de la teología y de la Iglesia, que se ha podido dar en otras épocas, ha surgido entre algunos una visión pesimista, casi masoquista, acerca de la Iglesia que lleva consigo implícitamente la negación de la gracia victoriosa de Dios en este mundo. A este propósito les recordamos que, si bien la Iglesia no se identifica absolutamente con el Reino de Dios, éste, sin embargo, no se inicia en el mundo presente sin Iglesia: y esto se da en todos los tiempos. La Iglesia, en efecto, es presencia visible y signo del Reino de Dios en este tiempo antes de la Parusía final. Por eso, invitamos a superar esas posturas, entre el pesimismo y la amargura, de crítica

permanente que de algún modo manifiestan un quedarse fuera o al margen de la Iglesia. Al mismo tiempo les exhortamos a que, con gozo y humildad agradecida, sientan y vivan con la Iglesia y se identifiquen con ella.

Todos, finalmente, estamos llamados a la conversión y todos somos necesarios y hemos de contribuir a la comunión, sin la cual no es posible llevar la Buena Nueva de Jesucristo, salvador y esperanza para todos los hombres.

13 de octubre de 1987

## NOTAS

- <sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Discurso en la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano*, Puebla, 28-01-79, n. 1, 6.
- <sup>2</sup> CEE, *Ésta es nuestra fe. Ésta es la fe de la Iglesia. Catecismo III de la comunidad cristiana*, p. 169.
- <sup>3</sup> En la terminología teológica más reciente, la expresión «Jesús histórico» se utiliza para designar la persona de Jesús de Nazaret y su obra terrena que culmina en su muerte. Terminológicamente, se contrapone a veces el «Jesús histórico» al «Cristo de la fe». Algunos, cuando hablan del «Jesús de Nazaret», ofrecen el resultado de una investigación meramente histórica y prescinden de la interpretación de esa misma historia de Jesús a la luz de los acontecimientos pascales. Se exponen así a una reconstrucción de la vida de Jesús de Nazaret, determinada por prejuicios ideológicos.
- <sup>4</sup> Este asunto merece una atención especial. No podemos menos de preguntarnos si, cuando se habla de «modelos», se trata de aspectos organizativos solamente o afecta también, al menos en ocasiones, a elementos estructurales fundamentales, a aspectos ontológicos; y, en consecuencia, si un cambio de «modelo» supone algo más que una modificación operativa y de funcionamiento. Es ésta una cuestión que queda abierta y habrá que profundizar.